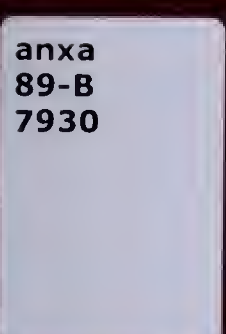


MONASTERIO

DE

SAN BENITO DE BAGES

ASOCIACION DE ARQUITECTOS
DE CATALUÑA

MONASTERIO
DE
SAN BENITO DE BAGES

MEMORIA DESCRIPTIVA

POR

D. JAIME GUSTÁ BONDÍA

LEIDA

EN LA EXCURSIÓN HECHA AL MONASTERIO POR LA ASOCIACION
EN 17 DE OCTUBRE DE 1886

BARCELONA
TIPOGRAFÍA DE FIDEL GIRÓ
1887

ACTA

DE LA EXCURSIÓN REALIZADA Á SAN BENITO DE BAGES

EL DÍA 17 DE OCTUBRE DE 1886

En cumplimiento del laudable acuerdo adoptado por la *Asociación de Arquitectos de Cataluña*, referente á la periódica celebración de excursiones artísticas á los diversos é importantísimos monumentos que contiene este Principado, y en virtud de haber admitido, el distinguido compañero D. Jaime Gustá, la ponencia de la excursión que por turno le correspondía; previa la debida convocatoria circulada por la Junta Directiva, y á la que se adhirieron los señores Rogent, Torras Serrallach, Font y Carreras y Sala, quienes no pudieron asistir por causas independientes de su voluntad, excusando atentamente su ausencia; se reunieron en la estación del camino de hierro del Norte, en la mañana del día 17 del corriente, los señores Mestres, Fossas, Artigas, Rius, Falqués, Torres y Argullol, Mercader, Cabañes, Pascual, Miquelerena, Buigas, Gustá, Bassegoda (D. Joaquín), Pollés, García Faria, Villar y Carmona, Bassegoda (D. Buenaventura), Fatjó y el infrascrito Secretario, á fin de tomar el tren que sale para Manresa. Llegados á la mencionada población, previamente invitados por la Directiva, se agregaron á los expedicionarios el compañero D. Pedro Sansó, Arquitecto Munici-

pal de la misma, y el Sr. D. Leoncio Solé, delegado del señor propietario de la finca, D. Domingo Sanromá, en la cual está emplazado el monasterio elegido por el predicho ponente.

Después de breve parada continuaron los excursionistas el viaje en coche hasta el pie del Monasterio de San Benito de Bages; donde, situados en la entrada del mismo y debidamente asesorados, con las noticias y planos suministrados por el Sr. Gustá, observaron y examinaron la fachada principal de estilo románico con su torre avanzada, y luego, dando la vuelta por la parte exterior de la iglesia, reconocieron las fachadas lateral y posterior de la misma, manifestando la ponencia el concepto que había formado de la estructura de la construcción y las dudas que ofrecía la clasificación cronológica del ábside. Acto seguido pasaron al interior del templo, en donde el Sr. Gustá expuso varias consideraciones acerca de su planta, y las comunicaciones que tuvo la misma con el exterior y con el claustro; la disposición del crucero, y la pequeña cripta; atribuyendo al conjunto diferentes épocas de construcción, así como al origen del cimborio que descansa sobre la nave, el cual también tuvieron ocasión de examinar detenidamente. Por último pasaron al claustro, en donde el susodicho ponente manifestó su criterio referente al estilo y ornamentación del mismo y la época de su edificación, haciendo notar el emplazamiento y entrada á la primitiva sala capitular, y deduciendo oportunas consecuencias artísticas sobre el mismo.

Terminado el reconocimiento, y congregados los señores excursionistas en el patio del referido claustro, procedió el Sr. Gustá á la lectura de un notable trabajo nutrido de interesantes datos históricos, observaciones y conceptos artísticos y científicos.

Ultimada la lectura del antedicho trabajo, que fué aplaudido calurosamente por todos los concurrentes, se puso fin al acto felicitando al Sr. Gustá con señaladas y entusiastas muestras de satisfacción, por la manera cumplida y elevada como había desempeñado su cometido.

Después regresó la comitiva á Manresa, en donde, reunidos en fraternal banquete, pronunciáronse, al terminar el mismo, entusiastas brindis, encaminados unos á ensalzar los beneficios y resultados que producen las excursiones patrocinadas por la Asociación, otros al digno Presidente de la misma, y todos á felicitar nuevamente al Sr. Gustá por su erudito trabajo. El Sr. Sansó se adhirió á las expresadas manifestaciones y expuso la satisfacción de que estaba poseído al encontrarse, dijo, entre tan ilustrados compañeros, á los cuales ofrecía un cariñoso saludo, teniendo el gusto de manifestarles que, aun cuando residía apartado de la capital, deseaba formar parte de la Asociación que tan útiles fines se propone, por lo cual, para coadyuvar con su sincero apoyo al logro de tan dignas aspiraciones, procuraría, á la mayor brevedad posible, llenar los requisitos al efecto necesarios. Finalmente, se dirigieron sentidas frases de cortesía al propietario D. Domingo Sanromá y á su digno representante D. Leonçio Solé por las relevantes cualidades y méritos personales que los distinguen, á las cuales contestó el Sr. Solé, en nombre del propietario y en el suyo propio, dando las gracias á los comensales por las favorables frases que se les habían dirigido; felicitó á la Asociación por las pruebas de actividad artística y científica que públicamente está dando con la periódica celebración de las referidas excursiones, y terminó dirigiendo laudatorias palabras á los señores Mestres, Fossas, Torres Argullol y Sansó, por haber realizado en Manresa distintas obras, fruto de sus lucubraciones artísticas. Por último, el Sr. Gustá expuso su reconocimiento á los señores excursionistas por las señaladas muestras de consideración y aprecio de que había sido objeto; con lo cual quedó terminado el acto.

Barcelona, 19 de octubre de 1886.

El Presidente, LEANDRO SERRALLACH

El Secretario, JOSÉ AMARGÓS

La **Asociación de Arquitectos de Cataluña**, compuesta, por un lado, de respetables y experimentados comprofesores en el arte y en la ciencia, y por otro de una juventud ávida de luces y conocimientos, penetrada de la utilidad y ventajas que tienen para el arte arquitectónico las excursiones anuales que viene verificando, ha tomado el buen acuerdo de abrir más ancho campo á sus investigaciones. Para ello ha resuelto que tengan lugar cada seis meses, confiando por riguroso turno la difícil tarea de comunicarnos sus impresiones y describirnos la historia y bellezas de los respectivos monumentos, en la acostumbrada monografía, una vez á uno de los individuos que figuran entre los primeros números de la Asociación, y otra á uno de los que se cuentan entre los últimos.

Designado fatalmente por la antedicha ineludible circunstancia para elegir y dar á conocer el edificio objeto de la próxima excursión, hállome sin haber podido darme cuenta, al cabo de mucho tiempo trascurrido desde la notificación, de cómo y por qué medio voy á poder dar cima, siquiera medianamente, á tamaño compromiso.

Vergonzosa sería la fuga, sensible la derrota; pero entre el

incumplimiento de un deber impuesto por el acuerdo unánime de la Asociación, y el sacrificio de esta humana debilidad, llamada *amor propio*, en el naufragio de mi empresa, opto por lo segundo, ya que en buena ley no puedo sustraerme, y entrégome como frágil nave á los azares de la suerte, falto, por desgracia, del timón de mis conocimientos.

Joven soy: llena mi alma esa incesante aspiración que ha sido la fuente de vuestra poderosísima valía; la que os ha llevado, con tanta honra como provecho (particularmente á vosotros los que figuráis á la cabeza de la colectividad), á acrecentar el tesoro de sus luces y á poner más de relieve, con sorprendentes descubrimientos, la grandiosidad del arte.

Holgárame sobremanera que esta aspiración tan laudable, y esta obediencia tan ciega á vuestro mandato, fueran parte suficiente á vendar vuestros ojos para no dejaros ver los defectos de toda índole que han de deslucir mi trabajo; defectos tanto más notorios, por desdicha, cuanto que opero en un terreno en el que acaban de precederme tan esclarecidos maestros en el arte de Vitrubio como los señores que hasta hoy han venido redactando anualmente las anteriores monografías. Grande es la enseñanza que saca de su lectura el espíritu juvenil, dispuesto á seguir sus huellas; pero grande es también el desaliento que al mismo produce la comparación de aquellos concienzudos estudios sobre el arte antiguo y de la edad media con el resultado que de sus fuerzas se promete.

Afortunadamente para mí, siendo axiomático que dos líneas convergentes acaban por encontrarse, al partir anhelosamente en persecución de mis ideales, impelido desde el principio de mi carrera por una lógica sed de conocimientos; heme encontrado á los pocos pasos con algunos de mis ilustrados compañeros, los Sres. Bassegoda (J. y B.), Fernández y Font y Gumá; quienes, comunicándome el vigoroso entusiasmo que de antiguo sienten por las excursiones científico-artísticas, abrieron nuevos horizontes ante mis ojos, poniendo al servicio de esta aspiración mía su valiosísimo concurso.

Héteme, pues, apoyado en las fraternales manos que tan desinteresadamente me han tendido, en camino de cumplimentar con un poco menos de encogimiento mi dificilísima misión, partiendo con ellos al histórico monasterio de *San Benito de Bages*, que hemos podido recorrer y estudiar detenidamente en todos sus detalles, merced á la condescendencia y caballerosidad de su propietario el acaudalado comerciante D. Domingo Sanromá y Martí, quien, entusiasta de cuanto al monumento se refiere nos ha procurado, con suma amabilidad, todos los elementos con que cuenta para auxiliar nuestras investigaciones.

Dificultoso en alto grado, si no imposible, sería á la más bien cortada pluma trasladar gráficamente al papel la impresión producida en mi ánimo, por el espectáculo de aquel severísimo recinto; de aquellos vetustos muros, columnas y capiteles que en medio de su tosquedad asombran, y sumergen al arquitecto en profundas meditaciones. Y este efecto tan indefinible, tanto más sorprendente cuanto que ya se está preparado para experimentarlo, aun antes de distinguir desde lejos la silueta del edificio, es perfectamente natural. Aquella obra representa el cerebro petrificado de una época que ya no existe, es su fisonomía fidelísima y exacta; y al penetrar en su interior saliendo de un siglo lleno de luz y vida, lanzado de un modo vertiginoso por la pendiente del materialismo, la transición es tan brusca y el golpe tan rudo, que se hace necesario realizar un poderosísimo esfuerzo sobre nosotros mismos para poder darnos cuenta de lo que tenemos ante nuestra vista. ¡Y es tan consolador para el hombre torturado en el potro de las pasiones, y agotadas sus fuerzas en la lucha del trabajo por la vida, aquel solemne silencio que le brinda suspirado descanso, y le atrae amorosamente á meditar en un más allá! ¡Cuán deleznable parece entonces nuestra existencia! ¡Con qué vivísimos colores se nos representa la pequeñez humana, y hasta nos reprochamos en el fondo de nuestras conciencias las faltas que en el torbellino del mundo no nos preocupan ni

un instante! Y, sin embargo, aquella es la obra del hombre, es el gigantesco pedestal que erigiéndole en estatua le eleva hasta Dios y pregona á los venideros siglos la grandiosidad de su genio, en tanto que la madre tierra ha cubierto generosamente sus faltas, con impenetrable capa. ¡Misterioso poder del arte! Por un lado reforma suavemente las costumbres haciéndonos ver nuestras propias miserias; por otro, nos halaga con el convencimiento de lo que el hombre puede, mostrándonos esas augustísimas huellas de su paso por el mundo...

El entusiasmo consiguiente á la impresión experimentada bajo las bóvedas del monasterio de *San Benito de Bages* hame levantado cien codos sobre mi propio nivel intelectual, lanzándome inopinadamente por regiones para mí desconocidas. Es necesario aprovechar esta saludable influencia, bebiendo en ella la inspiración para arrojarse con valentía en el terreno en que tan involuntariamente voy entrando. Ello nos dará á conocer todos los detalles y antecedentes de una grande obra que ocupa lugar principalísimo entre los monumentos arquitectónicos de nuestra región. Y tras de ella conviene ir paulatinamente reconociendo otras y otras, para sorprender todas las bellezas del arte antiguo y nutrir con sus inagotables tesoros el moderno, dándole fisonomía especial y propia de la época y de la localidad en que vivimos. Esta es la misión del arquitecto de hoy; y todo el que contribuya á labrar un sillar, por diminuto que sea, para la escuela á cuya creación debemos dedicar nuestros afanes, merecerá bien de sus compañeros, de su patria y del arte mismo, que, como la historia demuestra, jamás fué ingrato con los que han sacrificado su juventud y su reposo á la más grande de las manifestaciones del poder humano.

EL ARTE CRISTIANO

SABIDO es de todos que, por su posición geográfica y condiciones climatológicas, unidas á la feracidad de algunas comarcas de envidiable suelo, en el que la Naturaleza derrama pródigamente sus dones, la península ibérica ha sido durante siglos y siglos teatro de titánicas luchas, donde todas las razas se han disputado su posesión. A ella vinieron á implantar sus leyes, artes y costumbres, ora la orgullosa Roma, ora la dominadora Cartago, ora las fanáticas legiones guiadas por la media luna y cada una de estas epopeyas sangrientas legó á la posteridad vestigios de la cultura y gusto artístico de los invasores en los innumerables monumentos desparramados por todo España.

Roma, sobre todo, queriendo dominar no sólo por la fuerza irresistible de sus armas, sino por las prácticas unitarias y universales adaptadas á las condiciones peculiares de cada localidad, lo que le hacía ejercer un yugo tanto más seguro cuanto que era menos rígido, y por consiguiente menos violento, que toda otra sujeción; logró aclimatar su estilo propio, modificado en parte después de su derrumbamiento sobre la base del dogma que apareciera en la cumbre del Gólgotha,

resultando el llamado *arte cristiano* ó *arte románico*, á que pertenece la obra que motiva nuestra monografía.

Ocioso sería extenderse sobre los orígenes del mismo después de las noticias con tanta erudición expuestas en análogo trabajo, debido á la pluma de nuestro respetable compañero D. Elías Rogent, refiriéndose al célebre monasterio de San Cugat del Vallés, en 1881. A él, pues, nos remitimos para la descripción de los elementos que coadyuvaron á la creación de dicho estilo, limitando ahora nuestras investigaciones al origen y vicisitudes del monasterio é iglesia de San Benito de Bages en particular.

FUNDACIÓN DEL MONASTERIO

DE

SAN BENITO DE BAGES

Dos horas al oriente de la ciudad de Manresa, en un extrecho valle fecundado por las aguas del Llobregat, y cerca del lugar que los escritores antiguos llaman *Montepoctano* y *Montepcitano* (nombre que aun conserva una posesión en lo alto del mismo, apellidada de *Mompesta*); álzase, amenazado por la demoledora piqueta de los tiempos, el antiguo monasterio de Bages, de la orden de San Benito. Sobre esta denominación difieren algún tanto los documentos antiguos que han podido hallarse (1); pues, mientras en unos aparece con el nombre de *Baias*, en otro se le designa con el de *Baies* ó *Bages*, nombres que pueden considerarse derivados de *Bacasis*, por el cual era conocida en aquella época la ciudad de Manresa.

La fundación de este monasterio debe fijarse hacia la mi-

(1) Los datos históricos que insertamos en esta monografía están sacados de las obras *Guía del viajero en Manresa y Cardona*, por D. Cayetano Cornet y Mas; de unas cartas del P. Villanueva, y de algunos documentos particulares encontrados en el archivo de Manresa.

tad del siglo x, por más que la primera memoria conocida hasta ahora, á él referente, se remonte sólo al año 972.

Un noble apellidado *Salla*, poseedor de algunas tierras inmediatas á la iglesia de San Acisclo, concibió, según reza un manuscrito de aquellos tiempos, depositado en el archivo del propio monasterio, la idea de su fundación, sin determinar de momento el lugar, orden, alodios, etc., hasta el año 950 en que permutó con Gunderigo las expresadas tierras por las del sitio que sirve hoy de emplazamiento á la obra cuya descripción nos ocupa.

Los lindes del mismo, situado en el ángulo junto al río Llobregat, cerca de Montepactano, eran los siguientes:

Por oriente ó este: *in flumen Rubricatus.*

Por medio día ó sur: *pervenit usque ad ipso porte vel in stirve.*

Por occidente ú oeste: *usque in sumitate de ipsa serva aqua vertit.*

Por el norte: *in terra de Quixilo Deodicala.*

Creyéndose por algunos que esta Quixilo pudiera ser la misma hija del fundador Salla, sin tener en cuenta que en vida de su padre no es de suponer tuviera una hija suya terrenos lindantes á los que eran de herencia paterna, siendo más probable que, si el nombre de Quixilo no está equivocado en los documentos de donde se han entresacado estos datos, se refiere á aquella otra Quixilo, hija del conde Wifredo, muerta en 945, cuya inscripción sepulcral se conserva en San Esteban de la Garriga.

Ignórase la fecha en que se comenzó á construir el monasterio, pero estaba ya en pie y servido por monjes en el año 960, como así lo atestigua el acta de una donación hecha por la esposa del mencionado Salla, llamada *Ricardis*, fecha 28 de mayo, año 6 del reinado del rey Lotario, hijo del rey Ludovico Pío, que corresponde al citado 960, cuya donación se dice ser á la casa de San Benito, sujeta al beatísimo Pedro, príncipe de los Apóstoles.

No obstante, ninguno de ambos donadores, los dos cónyuges Salla y Ricardis, pudieron ver coronada su piadosa idea con la terminación del monasterio é iglesia, según las actas de su consagración, contenidas en la *Marca Hispánica* (apéndice núm. CXII), por haber fallecido uno y otro, después de hechas dos nuevas donaciones, en época inmediatamente posterior á la última; siendo de bastante cuantía, sobre todo, la primera, que quisieron permaneciese siempre en paz, sujeta á San Pedro de la ciudad de Roma, con obligación de satisfacer los monjes, cada año, á la casa de San Pedro, la suma de 30 sueldos, siendo tal la creencia, entre los hijos del país, de la sujeción del Monasterio á la misma, que se dicen hechas á ella muchas de las donaciones verificadas al monasterio durante el siglo x.

Enterrados fueron los fundadores en un sepulcro que existe en la parte exterior de la puerta de la iglesia á raíz de la misma torre, prosiguiendo Isario y Wifredo, sus hijos, la creación de la fábrica, y consagrándola, en 3 de diciembre del año 972, Froza, Obispo de Vich, asistido de Pedro, Obispo de Barcelona, y Wisado, de la diócesis de Urgel, sobrino de los fundadores. Presenciaron el acto Borrell, Conde de Barcelona, y las hijas de Salla, Aigo y Chixilo, con la abadesa Filomena, hija de Aigo, y varios otros, cuyos nombres se mencionan en las actas de referencia, no haciéndolo también Wifredo, ya citado, por hallarse en aquella sazón enfermo.

No es para omitida aquella declaración del fundador, en dichas actas mencionada, por virtud de la cual consta su voluntad de que los abades que gobernasen esta casa fuesen siempre de su misma familia, que fué hacerle gran distinción habida en cuenta la disciplina monacal de aquellos tiempos.

Precedió, por lo tanto, á todos, como primer Abad, Abo ó Abbone ó Adabone, nombres con que lo designan las escrituras.

Varias fueron las donaciones que á él se le hicieron desde el año X de Lotario (964), llamándole *clérigo, levita e móna-*

co, lo cual comprueba la existencia de monjes antes de la creación de la abadía, y de los cuales sería Abo la cabeza. Como tal Abad, gobernaba ya la casa antes de la sobredicha consagración, es á saber, en 970, según consta en escritura, y continua sus memorias hasta 975.

La voluntad del fundador no fué, sin embargo, respetada, y bien pronto se alteró, apoderándose violentamente de la abadía, Adalberto, de cuyo gobierno hay memoria en una escritura del año 985. Abo, despojado del oficio, como queda dicho, por aquel intruso, vuelve á ser nombrado Abad en escritura de 12 de diciembre del año I del reinado de Hugo (987). Siguen Adalbone, Alba y Adalberto, que fué á su vez despojado de la dignidad abacial por Seniofredo, de cuya existencia se tiene noticia por escrituras de los años 992, 996 y 999. Sábese de éste que murió el mismo año que los árabes invadieron toda esta comarca. También se dice en las escrituras que Adalberto no entró á ser Abad sino por muerte de Abbo, su predecesor, contradiciéndose en este punto de una manera notable, como se ve, nuestras noticias, debido, sin duda, á la muy remota antigüedad de los hechos que relatamos y á las perturbaciones lamentables y daños sin cuento causados por los dos últimos Abades con la enajenación de los libros, alhajas y desaparición de otros bienes. Esto movió á los monjes Aduario, Baldemares, Horacio, Ermenguado y otros, hasta el número de diez y ocho ó diez y nueve, á pedir á Raimundo Borrell de Barcelona, que pusiera el remedio conveniente, dándoles un *abad que fuese pastor y no lobo*. A tal efecto, dolorido de los sucesos que allí tenían lugar, cuanto poseído de la razón que á los monjes asistía, hizo el conde Borrell un viaje á Roma en unión de Arnulfo, Obispo de Vich, obteniendo por resultado la aquiescencia del Santo Padre para nombrar Abad al que pidieron los monjes.

Fué este Ramiro, levita y canónigo de la catedral de Vich, hombre rico y de loable conducta, con lo cual socorrió de momento las necesidades de la comunidad en lo más preciso;

reintegrando al monasterio, no sólo en la posesión de lo perdido, que se dió grandísimo acierto en recobrar, sino en el esplendor de su antiguo estado, que hizo otra vez floreciente y puso á grande altura.

Después de éste siguen una serie de abades cuyo gobierno poco interesa, por lo menos á juzgar por las noticias que de ellos nos quedan, para el objeto que nos proponemos. Pueden citarse, sin embargo, Bonefilio, que en una de las escrituras se denomina *abbas et præpositus;* Mirón, nombrado albacea con su hermano Sancio, por Guillermo Berenguer; Pedro, que era al propio tiempo Abad de San Ponce de Tomeras, y verificó la unión de ambas abadías; Frolardo, que ya figura con el título de esta nueva posesión abadial; Sancho, hijo del Conde de Barcelona; Berenguer Borrell, que también había ingresado en San Ponce de Tomeras, y gobernó como primer Prior en San Benito de Bages hasta 1089, en que fué nombrado Conde de Manresa; Guillermo y Girberto, primeros Priores del siglo XII; Benedicto, que vuelve á adquirir la dignidad abacial; y Raimundo, que tiene la gloria de haber comenzado la colosal obra de la acequia del Llobregat, que duró tres siglos y debió de costar grandes sacrificios al convento y á la comarca.

Así continúa la sucesión de los Abades sin ofrecer nada notable, hasta que en 1348 asoló toda la comarca una horrible peste, quedando en el monasterio sólo dos monjes, llamados Fray Bernardo Caboxeida y Fray Francisco Cariba; los cuales, para elegir nuevo Abad, convocaron á dos religiosos dominicos de la vecina ciudad de Manresa, llamados Fray Jaime Casola y Fray Nicolás Corona, y fué electo por los cuatro, en el día 30 del mes de julio del mismo año 1348, Arnaldo Çacerna, enfermero del mismo monasterio, que á la sazón se hallaba en Roma; siendo todo lo hecho aprobado por su santidad el papa Clemente VI.

Por los años 1375 á 1387 suenan dos Abades distintos: Arnaldo y Domingo de Comalda. Probablemente el gran cisma que comenzó entonces, dividiendo los ánimos, dió lugar á la

coexistencia de dos Abades, al igual que en otros monasterios y órdenes religiosas.

Después de esto, y sin hecho alguno que merezca mención especial, fueron sucediéndose varios Abades hasta 1594, en que en bula de Clemente VIII fué unida esta casa á la de Montserrat, quedando desde entonces filiación suya.

Nótase en las escrituras del Monasterio que también se recibían en él mujeres á la obediencia del Abad. Esto claramente prueba que era monasterio doble, como los que en los siglos IX y X había por acá en Córdoba y otros puntos de España.

El P. Villanueva indica, en su obra, que contenía la biblioteca gran número de códices antiguos, escrituras y reliquias formando un precioso tesoro que se ha perdido en las diversas y múltiples vicisitudes por que pasó el monasterio en las invasiones sarracenas y á consecuencia de pestes y de incendios.

También afirma que se conservaba en él, hasta principios del presente siglo, el cuerpo de San Valentín mártir, al cual se tenía en la comarca una gran devoción, atribuyéndole virtudes especiales, y se llevaba en procesión solemne en ciertas festividades.

LA IGLESIA ACTUAL

HEMOS terminado, con las precedentes páginas, la reseña histórica de la fundación y vicisitudes del monumento elegido para nuestra monografía, y ha llegado, por lo tanto, el momento de que le tratemos bajo el punto de vista profesional.

Aquí es donde con mayores y más fundados motivos apócase el ánimo del que con esta ocasión se os dirige, porque hasta el momento actual me han dado mi trabajo hecho las escrituras, códices, autores y demás fuentes en que puede cualquiera beber el caudal de conocimientos necesario para descorrer, siquiera ligeramente, una parte del velo del pasado; pero en lo sucesivo, y hasta dar por terminada la tarea que me impuso un equivocado concepto vuestro de mi aptitud, la investigación hállase tan falta de guía, que so pena de caminar á tientas, poniendo á cada momento los pies en falso, es necesario ayudarse del resplandor de las propias luces. Cuales pueden ser las mías, no he de decirlo yo, que harto pesar tengo en ponerlas á prueba, sino la consideración que debéis hacer de las que á mis años y práctica pueden lógicamente atribuirse. Y, aun así, precisa tener además en cuenta la dificultad de que no he de habérmelas con quienes desconocen

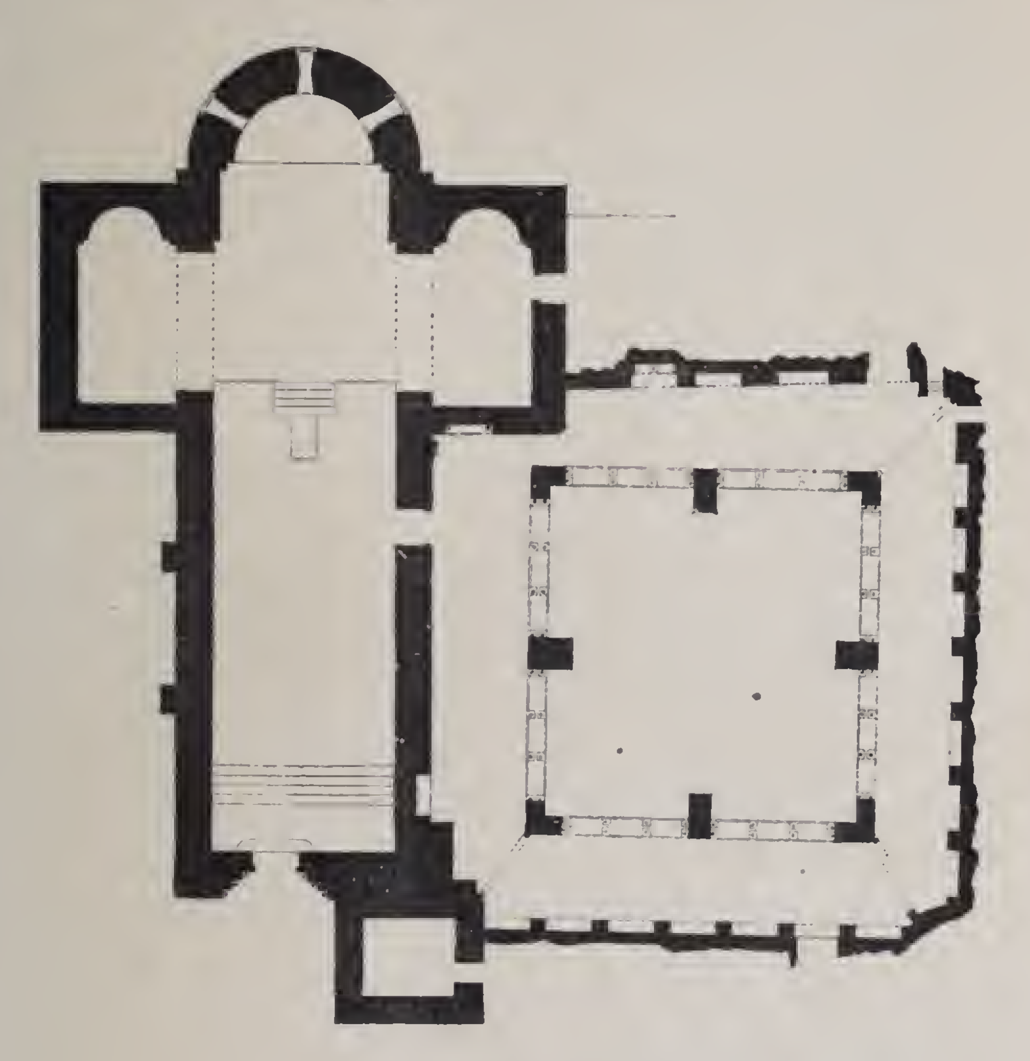
más ó menos la espinosa materia de que se trata, sino con doctos y experimentados comprofesores en ella, á quienes nada nuevo puedo enseñar, sino que, muy al contrario, hállanse en el caso de ser justos y discretísimos censores de mi trabajo. No obstante, imbuído como lo estoy, como lo estaré siempre, de que en último resultado es preferible la censura del docto á la alabanza del necio, seguro de que allí donde me sorprendáis erróneo concepto ó una apreciación mal fundada os apresuraréis á desvanecer mi preocupación y á corregir mi yerro, de lo cual no ha de verse mortificado el amor propio, sino altamente complacida la natural sed de conocimientos; excusado parece deciros, puesto que vuestra mucha discreción puede apreciarlo, que á las asperezas del mandato que estoy cumpliendo ofrece satisfactoria compensación la espera de las enseñanzas que vuestro juicio de mi trabajo ha de reportarme.

Grato, muy grato sería para mí, que lo que aporto en deseo y buena voluntad pudiera traducirse en fuerzas para la realización de vuestro mandato; pero, ya que así no sea posible, tened éste por cumplido hasta donde ellas alcanzan, y poned el resto vosotros en benevolencia.

Lo primero que se nos ocurre al entrar de lleno en esta segunda fase del presente estudio es preguntarnos: ¿queda en el actual monasterio construcción alguna de la primitiva fundación? Contéstanos afirmativamente Pi y Margall, diciendo que atribuye al siglo X la portada y el interior de la iglesia, y considerando pertenecer al XI todo el claustro.

Como espero demostraros cumplidamente más adelante que el claustro es hijo no del siglo XI, como se afirma generalmente y vemos consignado en todos los autores que del mismo se ocupan, sino del anterior, ó sea del X, de aquí es forzoso deducir que en este mismo siglo el arquitecto que construyó el claustro debió encontrarse supeditado por la existencia de una iglesia, cuyo crucero intercepta, según vemos, un ángulo de aquél. Si esta iglesia no es la actual, por lo menos analizando detenidamente sus principales miembros,

encontraremos que alguno de los mismos remonta su existencia á la primitiva construcción del siglo X. El estado actual de la arqueología no permite fijar con certeza la época de la construcción de una iglesia por el solo examen de su planta,



Planta de la Iglesia y claustro

máxime cuando el tipo de cruz latina, que afecta la de la iglesia que describimos, se encuentra muy en boga desde los siglos X al XIII, y cuando, por otra parte, el estudio de sus coetáneas en Cataluña nos manifiesta que era en este país, en el siglo X, más común el tipo de planta de cruz griega. Efectivamente recuérdese la disposición de San Pedro de las Puellas

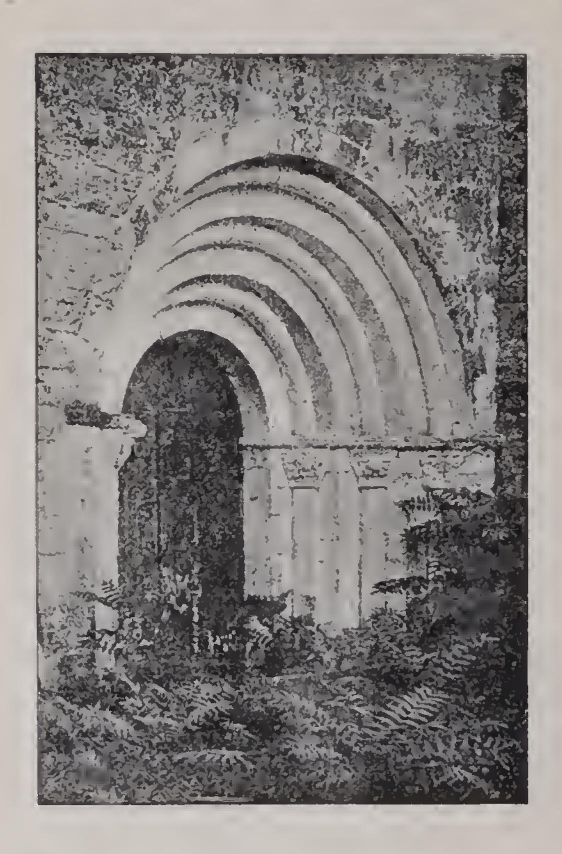
y San Pablo del Campo en Barcelona, monumentos que datan todos del siglo x y que presentan esta disposición. En cambio, debemos manifestar francamente que ignoramos la existencia de ninguna iglesia de la misma época con planta de cruz latina, por más que tengamos la persuasión de que no faltarían ejemplos que citar, entre otros el de Santa María de Ripoll en su segunda reconstrucción, ó sea anterior á la actual; el de San Cugat del Vallés, y el importantísimo y ya casi desaparecido de San Pedro de Roda; y, aún adelantando en conjeturas, creemos que la misma disposición en planta afectarían todas las iglesias catedrales que en aquellos remotos tiempos existían en la llamada *Cataluña Vieja*.

No es, pues, la planta de esta iglesia un dato suficiente para afirmar ó negar el aserto antes aludido de que databa de la primitiva construcción del monasterio. En cambio, analizando cada una de las partes de su construcción, encontraremos luz suficiente para poder hacer algunas afirmaciones respecto de este particular. Lo primero que llama la atención del arquitecto al penetrar en el recinto del Monasterio, es indudablemente la puerta de la iglesia y su contigua torre campanario, y bien merecen ambos que les dediquemos algunos instantes de los pocos que tenemos disponibles. Si os fijáis en la parte inferior ó basamento de este campanario, creo que convendréis conmigo en que es la construcción más antigua del monasterio, y si no temiese pecar de atrevido adelantaría aún la idea de que le es anterior. Ved, sino, el grande aparejo del mismo, la labra de los sillares y la disposición de las juntas que constituyen un sistema muy distinto del empleado en las demás partes del monumento, que es el pequeño aparejo construído con sillarejo, elemento constructivo exclusivamente empleado en todo el período de la arquitectura románica. A una altura próximamente de 4 metros del suelo, empieza en el campanario el pequeño aparejo hasta su parte superior, que nunca fué terminada; y las poquísimas líneas que ofrece en todas sus caras, únicas indispensables que origina la

construcción, lo propio que la forma de las ventanas; no dejan, en mi concépto, lugar á duda respecto de la época de su construcción, que corresponde á la misma de la fundación del cenobio. Llama poderosamente la atención del que lo visita por primera vez, la excepcional situación de esta torre con respecto á la puerta de la iglesia, pues ocupa aquélla casi la mitad de la fachada, haciendo, por consiguiente, que la puerta esté situada muy fuera del eje de la misma. Dejando aparte la razón de que los arquitectos de la edad media nunca se sujetataron á euritmia cuando ésta no era compatible con la disposición que su programa les imponía, es imposible no ver en la causa de esta anómala situación de la torre razones de estrategia militar, las cuales no olvidaron nunca los constructores monásticos. Y para convenceros de que forzosamente debían imperar tales consideraciones, recordad, si no, que trece años después de consagrado el monasterio de San Benito de Bages, ó sea en 985, cae sobre Cataluña, como terrible plaga lanzada por la cólera del Señor, el invencible caudillo de Córdoba, Almanzor, llegando hasta apoderarse de su capital, Barcelona; no cesando aún las irrupciones de los árabes hasta esta comarca, causando inmenso estrago en la ciudad de Manresa, y dando claramente á entender la larga memoria que de tales desastres conservaron los monjes de este monasterio muchas de las escrituras del archivo que á aquella época se refieren.

Cohibida entre la expresada torre y la fachada lateral, y ocupando todo el espacio que aquéllas le dejan libre, se presenta á la vista la puerta principal de ingreso á la iglesia, impregnada de un carácter rudo, fuerte y austero, en armonía con el dominante en todo el monasterio, contribuyendo además á la fuerte impresión que produce el notable desnivel que hay que salvar para descender hasta el piso interior de la iglesia. Cuatro arcos semicirculares en degradación con tres severos boceles en los ángulos entrantes que aquéllos forman, y cada uno de éstos apeado por su correspondiente columna de idéntica sección que el bocel, y unidos por el intermedio

del capitel, cuyo ábaco es la única línea horizontal que une todos estos elementos; la falta de tímpano en el arco y de basa en las columnas; y, finalmente, las proporciones que dan carácter á esta puerta; son verdaderamente rasgos propios de la arquitectura catalana al finalizar el X siglo (la forma sencilla del ventanal que se halla encima de la puerta principal, y, por



Portada de la Iglesia

fin, el remate de la misma iglesia, careciendo completamente de adorno alguno, haciendo caso omiso de la cornisa y quedando el muro rematado en piñón); mas si establecemos la natural comparación entre esta puerta y la de San Pablo del Campo de Barcelona que positivamente es de la primera mitad del siglo X , hallaremos en la de San Benito alguna mayor ligereza, más esmero en la ejecución material, especialmente en la escultura de los capiteles y de la moldura del ábaco; diferencias que á nuestro entender explica satisfactoriamente el período

de más de medio siglo que medió entre la consagración respectiva de uno y otro monasterio, si es una verdad que la puerta que contemplamos fué realmente la primera que tuvo la iglesia como no dudamos en afirmar después de las consideraciones que acabo de hacer, y del examen minucioso que del resto de la misma fachada, particularmente de su ventanal hemos hecho.

Contribuye igualmente á conceder á la fábrica la antigüedad que sustentamos, el aspecto que ofrece la fachada lateral del norte sobria de líneas y exenta de ornamentación, con sus pocos salientes contrafuertes, que corresponden á los arcos cabeceros de la bóveda; con sus estrechísimas ventanas, cuyos extensos derrames van á darle tan exigua luz que más parecen aspilleras destinadas á la defensa de la iglesia que ventanas destinadas á iluminarla; y, finalmente, la cornisa de la misma fachada, cuyo único miembro ó tejaroz lo constituye un caveto recto con una serie de arquitos ó lobulado debajo, apeados en sus arranques por pequeños y sencillos modillones ó canecillos.

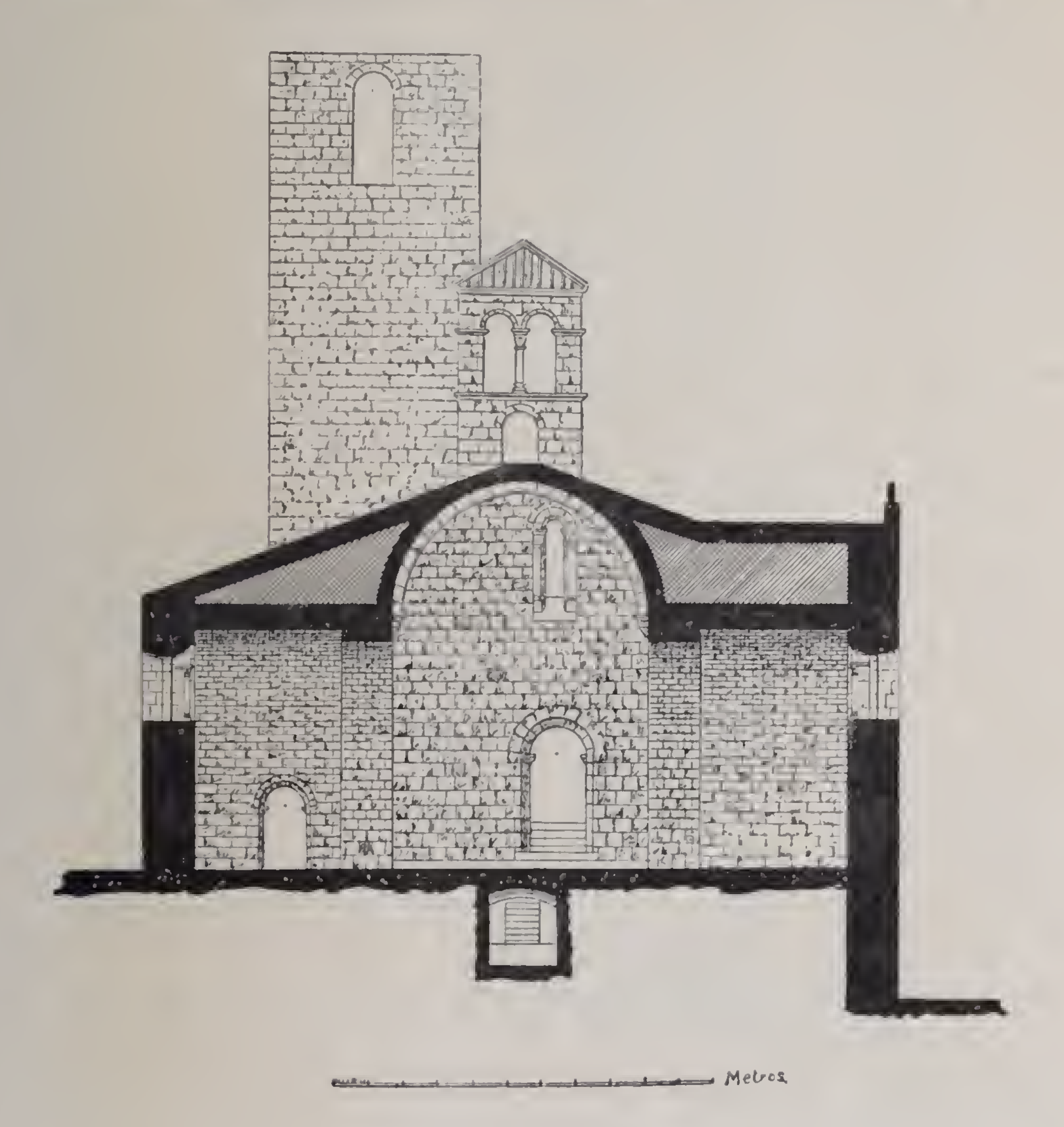
Si alguna duda se ofrece al investigador, es en el ábside, perfectamente acusado al exterior como todos los de su estilo; pues, si bien su conjunto resulta análogo al resto de la iglesia, parece ser indicio de menor antigüedad el mayor esmero que se observa en la construcción del mismo, en particular en la labra y colocación de la piedra de sillería, que es uno de los rasgos que caracterizan los monumentos catalanes de los siglos XI y XII. He procurado hacer un examen comparativo en el ábside central de San Cugat del Vallés, que, siguiendo la opinión autorizada del Sr. Rogent, tengo por construído en el X siglo, y, á la verdad, debo confesaros que he encontrado gravísimas dudas al señalar tanta antigüedad al que tenemos á la vista. Cierto que éste es muchísimo más sencillo, pero repito que en su misma sencillez se observa mucha mayor pulcritud en su ejecución material, caracterizándolo por este concepto como construcción del siglo XI.



Abside y cimborio de la Iglesia

Queda ahora por aclarar un miembro importante, cual es la bóveda de la iglesia, que desde luego manifiesta ya su posterioridad respecto de la construcción primitiva. Aun cuando en aquella época abundaban las cubiertas de madera en las

iglesias de planta de cruz latina, ésta jamás tuvo cubierta semejante, antes bien el espesor de sus muros laterales indica que originariamente fué ya esta iglesia abovedada, cuyo perfil de bóveda, á juzgar por los monumentos coetáneos que nos

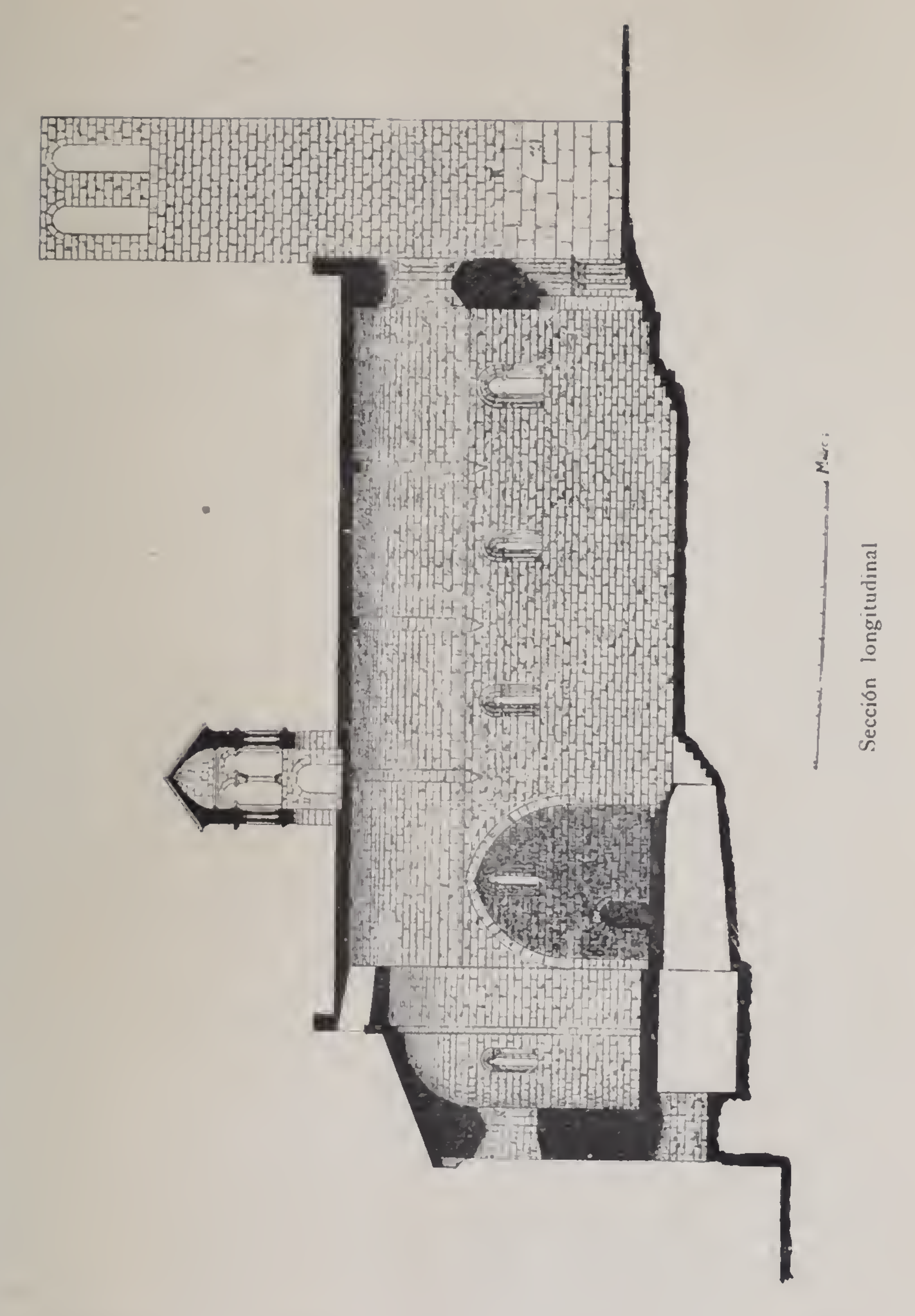


Sección transversal

son conocidos, indudablemente sería de cañón seguido semicircular, puesto que la de arco apuntado que presenta esta iglesia no es característica de los monumentos hasta el siglo XII. Es cierto que algunos arquitectos arqueólogos franceses, entre ellos Revoil en su arquitectura románica del Mediodía

de la Francia, para resolver análoga duda en un monumento que ofrece también indicios contradictorios, se deciden por atribuir á la bóveda de arco apuntado una antigüedad mucho mayor que el XII siglo; y algunos otros, entre ellos el insigne Viollet-le-Duc, atribuyen esta forma algo apuntada que presentan algunas bóvedas románicas primitivas á la deformación ocasionada por el movimiento expansivo y consiguiente desviación de los muros laterales; pero no podemos nosotros explicar por esta causa la forma de la bóveda que describimos, puesto que el arco ligeramente apuntado es la forma generatriz, no sólo de la bóveda de la nave, sino de la del crucero y y aun de los arcos de penetración de éste en los muros de la nave. Lo que tenemos por más probable en todo esto es que, á consecuencia del estado de deterioro en que se hallaría la primitiva bóveda en el siglo XII, se trató de reemplazarla con la actual á fin de disminuir algo el empuje y detener el desplome de los muros, particularmente el contiguo al claustro, en cuya época, utilizando los adelantos que la construcción había hecho en aquel siglo, se construyeron los tres arcos cabeceros, contrarrestados los dos primeros por pequeños contrafuertes exteriores. Lástima que la inoportuna cornisa moderna que se ha adherido á lo largo de los arranques de la bóveda impida ver claramente la unión de la fábrica del antiguo muro con la de la bóveda posterior. Además de estas consideraciones que motivan nuestro aserto, debemos hacer presente la de que examinando exteriormente la cubierta se observa que ésta no descansa directamente sobre el tejaroz de la cornisa, sino que entre èste y aquélla hay interpuestas algunas hiladas de piedra de poca altura, que se colocarían sin duda para salvar el mayor peralte de la bóveda del siglo XII.

Indudablemente que al reconstruirse la bóveda fué cuando se construyó el elegante cimborio que ostenta esta iglesia como su mejor adorno. Proporcionado en su conjunto y ligero en todos sus detalles, se halla ya muy lejos de los grandes cimborios campanarios de San Cugat del Vallés y de Santa María



Sección longitudinal

del Estany, pues su forma y disposición son ya poco apropiadas á recibir las campanas; pero en cambio el arquitecto que lo construyó conocía perfectamente la importancia que tenía este elemento en la silueta exterior del edificio, aleccionado, sin duda, por la experiencia de tres siglos que sin excepción

se levantaban en todas las iglesias, aun cuando como en este caso se encuentra trasplantado de su verdadero sitio, que debiera ser el crucero de la bóveda de la iglesia. Temprano empezarían los tiempos de penuria para este monasterio, supuesto que jamás ha sido llevada á cabo la escultura de los capiteles de las columnas de este cimborio, como tampoco lo fueron los del ventanal de la fachada y de algunos otros puntos.

La situación del monasterio en una ladera cuyo pie baña el Llobregat, y la orientación de la iglesia, son causa de que el ábside de la misma se encuentre asentado en un terreno mucho más bajo que el que forma el patio ó atrio de ingreso; y el arquitecto que lo elevó supo sacar el debido partido de una circunstancia topográfica, construyendo la cripta que hay debajo del ábside y que, á causa del desnivel del terreno exterior, tiene luz directa por medio de la ventana que veis en la parte inferior del ábside. No dudo que primitivamente esta cripta quedaba limitada por el diámetro de aquél; pero en la época en que se amplió el presbiterio, cuyo nivel se hizo correr hasta comprender todo el crucero, fué preciso darle una galería de ingreso, que es la que existe actualmente; y en esta época fué, sin duda, cuando se tapió la preciosa puerta que desde el crucero comunicaba con el claustro, y fué preciso abrir la que sirve actualmente. Examinando esta cripta, se ve que la destinaron los monjes á sepultura, probablemente de personajes importantes.

Resumiendo ya cuanto sobre la iglesia llevamos dicho, somos de opinión de que pertenecen al siglo X las paredes de la nave, la portada y la torre campanario; que ofrece dudas la clasificación cronológica del ábside, inclinándonos, no obstante, á atribuirlo al siglo siguiente; y, finalmente, creemos que fueron construídas en el XII las bóvedas de la nave y de los brazos del crucero, así como el cimborio que descansa sobre la primera.

El conjunto exterior del edificio interesa hondamente al espectador. En aquellas construcciones campean y danse la

mano, á un mismo tiempo, la fuerza y el misticismo, retratando el verdadero estado de los monjes en los siglos X y XI.

Si contempláis de lejos este monasterio en medio de los arbustos que le rodean, con la portada de su fachada, y al lado la torre, que parece desafiar al que intente interrumpir el reposo de aquel sagrado recinto, os sentiréis, sin daros cuenta de ello, profundamente dominados por una atracción misteriosa, al par que por un sentimiento de respeto y veneración que no es dable definirlo.

Si se toma como punto de mira una de las dos laderas del Llobregat, el espectáculo reviste todavía mayor atractivo, estando por efecto de la accidentación del terreno, representado, el verdadero ábside del edificio, con mucha mayor altura; con el bello cimborio en el crucero de la iglesia, y en el fondo la torre campanario dominándolo todo en un ademán hasta cierto punto hostil, dando carácter á aquella época en que se hermanaban íntimamente el recogimiento y piedad con la vigorosa energía para defenderse del yugo mahometano, encastillados los monjes en su inexpugnable recinto.

Es imposible contemplar esta obra sin trasladarse en alas de la imaginación á aquellos tiempos de luchas, en que armaban el brazo de los moradores de los monasterios no sólo el natural anhelo de independencia, avivado ante la invasión de extranjeras huestes, sino el espíritu religioso, más potente todavía, á la sazón, que aquel sentimiento.

Orábase con las armas en la mano, batallábase con el signo de la redención en ella, y el torreón al lado de la románica iglesia eran y son todavía el símbolo de aquella edad, de aquellos monjes y de aquella grandiosa epopeya del cristianismo en España.

EL CLAUSTRO

OBRA de los primeros tiempos de la reconquista, uno de los más antiguos que se conservan en Cataluña, ejerce una influencia, sobre el ánimo del espectador, inexplicable y misteriosa, por cuanto no se impone con la grandiosidad de su aspecto: ni aun siquiera con la riqueza de sus detalles, sino que por lo contrario, reducido á un patio de exiguas dimensiones y á una extremada sencillez de líneas arquitectónicas, apenas si tiene la vista espacio donde extenderse, ni elementos para justificar un detenido examen de la obra. Con efecto; 12 ó 13 metros de lado dan la medida de este recinto sombrío, donde espaciaban, apartados del mundo y consagrados á la oración en fraternal comunidad, aquellos seres de privilegiada energía, casi enterrados en vida, sin otra aspiración ni otra esperanza que los eternos bienes celestiales. Pero tal vez en esta misma exigüidad y falta de alicientes á la distracción y expansión del ánimo hallemos la misteriosa clave del dominio que sobre nuestras potencias ejerce el edificio; porque ¿cómo comprender que, apoyados en aquellas columnas de escasísima altura, poco menos que raquíticas, encerrados entre aquellas paredes que casi se tocan, pudieran voluntariamente permanecer, hasta exhalar el último suspiro, seres dota-

dos de tal fortaleza, capaces de sostener titánica lucha con las aguerridas huestes mahometanas, sin atribuir á sus vetustos muros, á sus carcomidas piedras, un poder sobrenatural, superior á todos los atractivos mundanos? Bajo artesonadas techumbres; con espléndidos horizontes ante la vista; con la comodidad y el lujo en derredor nuestro; con la contemplación de maravillas artísticas en que deleitar y entretener los ojos; justifícase sin grande esfuerzo, el amor á ciertos lugares donde la existencia trascurre variada y alegremente para el recluso, porque la grandiosidad y la riqueza de éstos compensan la carencia de otros bienes. Pero cuando tales circunstancias no concurren; cuando, por el contrario, todo parece conspirar contra los sentidos; mayor es el sacrificio que el recluso se impone; peores son las condiciones de comodidad y estética del retiro; mayor debe conceptuarse, por lo tanto la influencia que tal sacrificio hace agradable, y mayor por ende el respeto que al espectador inspira cuanto le rodea. De ahí que al pisar las losas del claustro, y al encerrarse entre sus seculares muros, se siente uno compelido á la meditación como buscando las causas de su propio ensimismamiento; y al comprender que no pueden ser otras que algo sobrenatural que en aquellos muros palpita, y que este algo sólo cabe, por su elocuencia y por su poder, en un más allá que ensancha las paredes del monasterio, eleva sus columnas y rasga sus bóvedas; júzgase llevado de la mano, por los antiguos moradores del convento, á las regiones donde hoy descansan y que parecen hallarse en aquel recinto en relación íntima y directa; deja pasar el tiempo en una abstracción indecible, semejante á la paralización de su memoria, de sus sentidos y de sus facultades; y sólo cuando cualquiera manifestación del ruído y movimiento exteriores llega á sus oídos, vuelve de su letargo, reprochando tal vez al importuno que turba aquel momentáneo reposo de su espíritu. Esta es la impresión que me produjo la contemplación del claustro, y que en desaliñada forma doy á conocer á mis dignos compañeros.

La forma del patio, viene á ser, á primera vista, un cuadrado; pero su verdadera figura es el rectángulo, uno de cuyos lados, el paralelo á la nave de la iglesia, mide aproximadamente 13'50 mètros, siendo de 12'80 metros el otro lado del rectángulo. Hállase rodeado de galería de 4 metros de ancho, que tiene á lo largo de sus muros una serie de tumbas



Interior de la galeria del claustro

de hombres célebres, depositados en diferentes épocas desde su fundación, adornados de escudos de armas, y cubiertos por losas triangulares de severo corte.

Cada lado del patio tiene un contrafuerte en el centro que lo divide en dos compartimientos, y en cada uno de ellos tiene tres arcuaciones separadas por columnas dobles, resultando en cada lado tres pilares con columnas adosadas, dos pilares en el extremo del lado, y el machón del centro con su respec-

tivo contrafuerte; en suma: cuatro pilares angulares, cuatro centrales con contrafuerte para contrarrestar los empujes de las bóvedas de la galería, 24 arcos y 64 columnas. Elementos hay aquí que se prestan á inteligencia más experta y más conocedora que la mía del estado de los monumentos de nuestra región, para deducir principios generales del arte románico; pues estudiando las relaciones que existen entre unos y otros elementos que integran cada obra, y comparando su resultado con el obtenido en otros de su mismo estilo, es como se puede establecer caracteres generales distintivos de los monumentos en cada época.

Sección del claustro

Para hacer un estudio completo del claustro que nos ocupa, y que mis apreciaciones pudieran sentarse sobre sólidas bases, preciso sería, ante todo, conocer á fondo prácticamente el arte románico, siquiera en el sinnúmero de obras desparramadas por las cuatro provincias catalanas; pero faltándome elemento

tal y de tanta importancia que proceder sin él es como caminar con los ojos vendados, debe tomarse cuanto exponga como una mera opinión mía, susceptible de rectificación ante cualquiera otra más autorizada.

He indicado, al principio, que cada lado de este claustro está dividido en dos compartimientos, separados por medio de macizo, y cada uno en tres arcuaciones. Lo primero que se nos ocurre es preguntarnos: ¿será esta una forma general de todos los claustros románicos, ó es una variante? Á esta pregunta sólo podemos responder manifestando que los claustros de Ripoll y de Santa María del Estany tienen sus galerías corridas, sin macizos ni intermedios de ninguna clase, puesto que, siendo leñosa su cubierta, no tienen empuje que contrarrestar, apareciendo los macizos intermedios siempre que las galerías del claustro son abovedadas.

La forma de la planta es un cuadrilátero en todos los patios claustrales, variando desde el trapecio hasta el cuadrado. Este que estamos observando es de los más regulares.

El conjunto principal de estos claustros es, sin duda, el arco apeado por columnas monocilíndricas, siendo muchas de ellas pareadas, siguiendo el sentido trasversal del muro. Los ábacos son comunes á ambos sustentantes y reciben directamente las bisalmeres. Las arcuaciones aparecen tener todas ellas la forma circular con variantes como el lobulado levantado en San Pablo de Barcelona.

De cuantos patios claustrados existen en Cataluña, indudablemente es éste de los más antiguos. Es severo, humilde, austero, en armonía con el verdadero estado de Cataluña en los últimos años del siglo X y principios del XI, y generalmente todos los demás claustros que hemos mencionado llevan el sello del progresivo adelanto del Principado á medida que va teniendo lugar el de la reconquista.

Pasando ahora á la relación que debe existir entre el cuerpo sustentante y el sustentado, observamos que la columna del arte clásico cambia su modo de ser, motivado por las nuevas

ideas del cristianismo, y el fuste pierde su altura á causa del arco, que desempeña en la arquitectura románica un papel importantísimo. En el arte griego sólo sostiene la columna una recta horizontal, en la que van el arquitrabe, friso y cornisa; y en el románico, ó sea en el arte cristiano, el arco produce elevación; por esto el elemento sustentante tiene que vigorizarse, y de ahí que la base, fuste y capitel presenten mayor robustez.

Lo expuesto demuestra, que no se desconocía la idea de la proporción al construir estos claustros, sino que, muy al contrario, se atendía á un fin estático sin menoscabo de la idea estética.

No he visto claustro, ni es probable exista ninguno en Cataluña, en el que, como en el de San Benito de Bages, el fuste de la columna se encuentre tan disminuído; que llegue hasta el punto de tener solamente 3 diámetros, lo que lo hace más primitivo que el de San Cugat del Vallés, empezado á principios del siglo XI. La columna entera tiene sólo 7 diámetros, cuando el de San Pedro de Barcelona, que data positivamente del siglo X tiene 9 1/2, y el de San Cugat 10 1/2; infiriéndose de ello que el arte románico varía sus proporciones en el sustentante según las ideas que trata de expresar. Este claustro es el que tiene más sacrificado el fuste; pues, dividiendo toda la columna en 100 partes, corresponden 20 á la base, 45 al fuste y 35 al capitel; mientras que el de San Cugat corresponde 12 á la base, 57 al fuste y 31 al capitel. Probablemente contribuirá también tal distribución de las proporciones, á que presentan estos claustros conjunto tan misterioso, subiendo de punto ello en el que tenemos ante nuestra vista; pues el capitel domina junto con el arco que lo espiritualiza.

Podemos decir que estos claustros fueron el germen de la infinidad de ellos que existe en toda la patria catalana, como los de Poblet, Montalegre, Tarragona, Pedralbes, Montesión, Junqueras, Santa Ana, etc., etc.

Es indudable que, lo que más llama la atención á todo visi-

tante de este monasterio, son los capiteles, porque en ellos tuvo á gala el artista legar á la posteridad un trasunto fiel del carácter y costumbres de su época, típicamente representados en aquellos grupos de figuras, cuyos defectos de ejecución, naturales en el grado de adelanto en que el arte se hallaba entonces, están perfectamente atenuados por la intención y verdad histórica que en ellos campean; siendo, por añadidura, esos mismos defectos, un atractivo más á los ojos del observador, que goza contemplando aquel período artístico en toda



Capitelcs del claustro

su encantadora desnudez; porque cada capitel expresa el verdadero cuerpo que sostiene, estando completamente armonizado con el ábaco y el fuste, quedando en estudiada y vigorosa relación el efecto de la masa con los detalles. Todos los motivos están sacados de la fauna y flora catalanas, y de costumbres populares ó militares de la época, ofreciendo cada capitel, dentro de la unidad de la masa, una gran variedad de detalle escultural.

Aunque muchos de los de este claustro sean reminiscencias de los capiteles de la época romana, no por esto se incurre en ellos en servil copia ni mucho menos, arreglados al nuevo ser-

vicio que van á prestar los capiteles en el arte cristiano. Para la mayor robustez que les conviene dar, disminuyen las hojas, reduciendo las volutas angulares; pues, más resistente ya el ábaco, pierden estas su importancia, y deja, por consiguiente, de ser necesario su aumento.

Un gran número de capiteles forman el conjunto decorativo de la fauna y flora catalanas, donde desarrolla el artista de aquel tiempo infinidad de formas debidas á su inagotable inspiración. Hay otros, como podéis ver, basados ora en asuntos religio-



Capiteles del claustro

sos, ora en asuntos profanos, ya civiles, ya militares, siguiendo todos la forma de la masa del capitel y sujetos en conjunto á la unidad del claustro, sin perjuicio de la verdad de los detalles.

Sigue éste la regla establecida en todos los de nuestra región, pues los asuntos religiosos y populares hállanse en la línea interior del claustro, y los inspirados en la flora miran hacia la exterior. Esta disposición de la parte decorativa en los capiteles coadyuva también, como se echa de ver, al fin místico y austero que palpita en el carácter general de la construcción, poniendo más cerca de la vista de los monjes, á su trán-

sito por el claustro, los grandes hechos de la Religión, para hacérseles así muy presentes y elevar su espíritu á las serenas regiones de esa eternidad que nadie ha visto, que nadie conoce, pero que todos presentimos, por que sino no nos hablaran



Capiteles del claustro

de ella las Sagradas Escrituras y las autorizadas voces que inspiradas por Dios nos la dan á conocer, haciendo por sí solas tantas y tantas manifestaciones del poder sobrenatural que todo lo rige y gobierna, y de las cuales no es la menos elocuente el arte.

Algunos de los capiteles de este claustro parecen ser el

verdadero tipo de los que se encuentran en otros monumentos más acabados en verdad; pero la idea, el origen, nos permitimos creer que reside en éste.

En este particular debo llamaros la atención sobre un capitel exterior correspondiente á la segunda columna de la galería paralela y opuesta á la iglesia, que lo tengo por el prototipo del capitel característico de la arquitectura catalana en los siglos XIII y XIV. No hay más que ver la disposición de las hojas en el mismo, la silueta que presenta, y el detalle escultural, sobrio pero acentuado, para que en seguida vengan á la memoria los típicos aunque mejor acabados capiteles de los preciosos claustros de Santa Ana, Montesión, Pedralbes, Junqueras, y algún otro que encierra Barcelona.



Capitel prototipo

Adelanté antes la opinión mía de que el claustro que contemplamos es creación exclusiva del siglo X, y es forzoso que me detenga algo en manifestaros las razones en que apoyo mi opinión, separándome de todo lo que he leído acerca de este monasterio. En uno de mis viajes al mismo con el fin de estudiarlo, y buscando materiales para el presente trabajo, tuve ocasión de ver un resto arquitectónico poco conocido y que merece mucha mayor importancia de la que se le concede actualmente: me refiero á las tres arcadas subsistentes del claustro primitivo de la Seo de Manresa, del cual tenía vaga noticia. La vista de esta pequeña ruína despertó en mí un vivísimo interés, porque me pareció que proporcionaba un dato precioso para la historia de la arquitectura de la Edad Media, no dejando de llamarme la atención el hecho de que este arruinado

claustro ofrece igual disposición y muy parecidas proporciones que el de San Benito. A pesar de esto nadie dudará, después de haber visto y comparado los dos, que el manresano es el más antiguo; pues, aun cuando en sus columnas domine algo más el fuste que en éste, en cambio la forma y la ejecución material de sus capiteles acusan un arte mucho más rudimentario. La historia de la Seo de Manresa dice que la dedicación de su primera iglesia tuvo lugar á principios del siglo X, y á esta época hay que atribuir la construcción del claustro, del que subsisten tres arcadas; y muy natural parece que al construirse el del monasterio de Bages se tomase como modelo el ya construído medio siglo antes en Manresa, como el más importante que había entonces en este país, dándole el mismo carácter arquitectónico, pero dando mayor riqueza y mejor ejecución en los capiteles, que algún adelanto podía haberse llevado á cabo en la escultura en el período de más de medio siglo.

No hay duda de que el ala por donde empezó la construcción del claustro fué la perpendicular á la iglesia, próxima al crucero: lo dicen claramente los capiteles, la moldura del arranque de la bóveda, distinta de la de las otras alas, y además el estado de deterioro de los arcos, que hubo posteriormente necesidad de reconstruir; y si las razones antes expuestas no bastasen á convencer de que fué empezado al tiempo de la construcción del monasterio, ó sea en la segunda mitad del siglo x, no había, para alejar toda duda, sino ver las ventanas y puerta de la hoy desaparecida sala capitular, que ocupa el centro del muro de esta misma galería. ¡Cuánta antigüedad acusan estos restos, hoy en parte tapiados por desgracia! El principio de su disposición es ya el mismo que se perpetúa durante todo el período de la arquitectura cristiana; el mismo que existe en Santas Creus y Poblet, es decir, una puerta cimbrada en medio y una ventana gemela á cada lado con su columna parteluz y arcos cimbrados; pero, ¡qué inmensa distancia entre la severidad, no exenta de elegancia, que ostentan aquellos ilustres ce-

nobios y el carácter más que humilde, enano, que determina la puerta y ventana de la de San Benito, en las que es preciso dirigir la vista abajo para ver y apreciar los poquísimos detalles que contienen. Tal es la exigua altura que tienen las expresadas ventanas!

Otra de las alas que indican ser de las más primitivas es la que está contigua á la nave de la iglesia: las otras dos, por su mayor perfección en los dibujos, compréndese que pertenecen á un período algo más adelantado, corroborándose con ello nuestra creencia de que fueron construídas en pleno siglo XI.

De todos modos, parece ser que la masa general de los capiteles fué colocada en la misma época, ó sea á últimos del siglo X ó principios del siguiente, y que el tallado último de los mismos, debe ser el de los correspondientes á las dos alas opuestas á las de la nave de la iglesia y la en que se encuentra la sala capitular.

CONCLUSIÓN

Hemos cansado durante largo rato la atención de nuestros compañeros, pero hemos procurado, á los que todavía no habían visto esta primitiva joya del arte cristiano, la satisfacción de recorrerla personalmente. Es la única gloria que nos cabe. Ella nos sirve, sin embargo, de satisfactoria compensación á la zozobra y temores con que emprendimos y damos cima al trabajo que nos ocupa. Está terminado, pero no concluído. Nos faltan fuerzas y conocimientos para tanto. Vuestros ojos, auxiliados de vuestra ilustración, harán el resto.

Al descender otra vez el Puig de Sant Valentí, dejando este mudo y elocuentísimo esqueleto de una época que ya no existe, para volver á confundirnos en el bullicio de la vida moderna de nuestra capital, un sentimiento de tristeza embarga nuestro ánimo: aquí hemos ensayado por primera vez nuestras fuerzas; aquí hemos tenido que investigar, para ello, hechos y antecedentes que han despertado profundamente nuestro interés, haciéndonos cobrar respeto y cariño á los muros que nos cercan. Vamos á darles un adiós por ahora, haciendo votos por que la iniciativa particular, unida á la oficial, si es posible,

se opongan á la comenzada ruína de los mismos, procediendo á su refuerzo y conservación con todo el interés que merecen. Una grata esperanza nos anima, fundada en nobilísimos propósitos y proyectos que se atribuyen, según noticias, al ilustrísimo señor Obispo de la diócesis de Vich, y al Iltre. señor D. Jaime Collell, canónigo de su santa Iglesia Catedral; proyectos y propósitos que consideramos tanto más realizables cuanto que puede contarse con la aquiescencia y apoyo del ilustrado señor propietario del monumento, si hemos de juzgar por el entusiasmo que dicha obra le inspira y por el interés que demuestra por la misma. Obra patriótica y digna de aplauso sería secundarles en ello; y todos cuantos en su mano tienen algún medio de concurrir á tal fin, deben ofrecerlo, haciéndose así merecedores del elogio de la posteridad, que recogería con gratitud esta preciada herencia del presente.

